

te oiga, que te hable; tu Pablo quiere arrodillarse delante de tí y confesarte todas sus locuras, y que le absuelvas y le dejes besar esas manos que se ocupan en enseñar á leer á las pobres niñas de la aldea.

El mejor de mis amigos me dijo anoche:

—Estás malo y no lo sabes: véte al campo y pasa allí un mes al lado de esa santa señora que es dos veces tu madre.

Sólo aguarda que le quites la esperanza de tu venida pára ir á abrazarte, tu hijo

PABLO.

IV

La Marquesa de Valflores á la Condesa de Wallenstein, canonesa del capitulo de damas nobles de Francfort.

Madrid, Enero de 1865.

Al recibir tu última carta, mi inolvidable amiga, si no dichosa, vivía yo tranquila, porque creía dichosos también á mis hijos, único amor que me liga á la tierra, así como es la tuya mi única amistad; pero ¡ay de mí! el pesar me abrumba, y preciso será que, según mi costumbre, te dé una parte de él, como te la he dado siempre de mis escasas alegrías.

¡Oh, mi Gertrudis! en vano me he afanado por

sembrar en el alma de mis huérfanos las semillas que, según yo creía, habían de producirles la tranquilidad y la dicha. ¡Esta tierra fértil parece destinada sólo á producir dolores, y, te lo repito, en vano quiero separar de ellos el fatal destino que presidió á la vida de mi pobre hijo, de su desventurado padre!

Pablo tiene un talento tan extraordinario, una imaginación tan fogosa, un corazón tan grande, que la superabundancia misma de estas dotes le extravía y le hace andar errante por los ásperos senderos de una juventud disipada é inútil.

¡Todavía no tiene veinticinco años, y ya es un hombre gastado que va siendo escéptico á pasos de gigante! Su colosal inteligencia (que, no obstante, es tan pequeña ante la eterna sabiduría), su orgullo, herencia en los hombres de su temple del ángel caído, se rebelan contra los misterios de la religión: duda, y bien pronto negará lo que no puede comprender; hé aquí al ateo, y, en mi hijo, al ateo seguirá el suicida!

¡Tal fué la fatal carrera de su padre; viuda yo desde muy joven, no me fué posible dulcificar y sostener aquella ardorosa y demasiado exuberante naturaleza; la sociedad, con su impuro aliento, deshacía mi obra de cada día, y cada noche dejaba León en el gran mundo los jirones del sagrado velo de la fe, con que yo pretendía envolver delicadamente su alma!

Mis cuidados fueron inútiles; el hielo del has-

tío, la duda acerca de cuanto hay santo y grande, los desengaños, los malos ejemplos, todo esto disgustó á mi infeliz hijo de una existencia que ya no podía estimar, y muchas veces le oía exclamar con amargura:

—¡Qué penoso es vivir!

Cuando tomaba un periódico, en el que se veían partes de defunción, señalaba las cruces negras y me decía:

—¡Madre mía, mira los que ya descansan!

El amor hubiera podido salvarle, pero él no conoció el amor noble; toda la ternura de su alma la agotó en una pasión fatal: amó á una mujer indigna de él é indigna de los homenajes que le rendía la sociedad: era una de esas criaturas que tienen rostro de ángel y corazón de cieno; por olvidarla, mi pobre hijo se casó; hizo á su esposa muy desgraciada, y se mató á los siete años de su matrimonio.

¿Qué hará Pablo, rama enferma de un tronco herido? ¡Ah Gertrudis! tú tan buena, tan santa, tan irrepreensible; tú que reunes el augusto carácter de la madre al sagrado de la religiosa; tú que has llegado á una dilatada ancianidad llevando aún en los labios una sonrisa de paz y de dicha, ofrécele á Dios el sacrificio de mi vida en cambio de la de mi Pablo! ¡Pídele que me envíe los más terribles dolores físicos, los sufrimientos más agudos, y que libre á mi hijo del desastroso fin que temo!

En cuanta á Eufemia, si no preveo para ella

el negro destino que amenaza á su hermano, tampoco espero que tenga una suerte más dichosa; esta niña carece tan por completo de talento, de poesía y de las gracias que cautivan, que, á pesar de su belleza, es imposible que pueda llegar á inspirar jamás un amor profundo y verdadero, porque la belleza del rostro supone poco en la vida íntima, y son otras las cualidades que afianzan la dicha conyugal.

Su olvido de toda coquetería es extremado, y en este siglo una mujer necesita ante todo ser agradable: cuando nosotras éramos jóvenes, querida Gertrudis, nos bastaba ser humildes, modestas y aseadas: no se nos enseñaba la música, ni el francés, ni el dibujo, ni debíamos desplegar los labios cuando se nos llamaba á una visita; hoy la civilización exige más, y la educación de las jóvenes ha variado á medida que han crecido las aspiraciones de los padres; hoy una joven necesita ser, más que bonita, agraciada, y tener ante todo el *talento de la vida*, que es el que falta por completo á mi pobre nieta; hoy no basta con saber coser, planchar y asear la casa, y aunque esto es acaso más necesario que antes, la pobre esposa de la clase media debe hacerlo á hurtadillas de su esposo, para que éste no pierda *todas sus ilusiones* al verla con el plumero en la mano, cuando antes el mejor galardón que alcanzaba la mujer puramente casera, eran las alabanzas y la aprobación de su esposo.

Pero ¿acaso podemos quejarnos de esto? A falta del siglo de oro, tenemos el siglo de *double*, y sólo debemos aspirar á que no se vuelva esta época la edad de hierro para nuestros hijos.

En vano me he afanado por inspirar á mi nieta las ideas de nuestros días: ella ha nacido con cincuenta años de atraso, y prefiere á todo la economía y su comodidad propia; su belleza, que es muy notable, apenas se apercibe con su peinado liso y antiguo, cuando todas las jóvenes de su edad y todas las mujeres con pretensiones de juventud le llevan rizado y batido; jamás permite que se reforme la hechura de un traje, aunque sea antigua; jamás gasta nada en lo superfluo; riñe á su hermano, á los criados y todas las personas que viven á su lado, porque no imitan su rígido sistema, y esta virtud se hace insoportable por estar revestida de tan ásperas y poco agradables formas.

Dime, si es que lo sabes, Gertrudis, ¿de qué modo quitaré yo á Pablo un poco de su poesía, para dársela á Eufemia? ¿De qué modo podrá un poco del positivismo de ésta pasar á su hermano? ¿De qué modo las humildes creencias de mi nieta podrían vivir en el alma rebelde de Pablo? Tú que has sido madre feliz de dos hermosas hijas y de un hijo modelo, dime, ¿cómo podré corregir á estos dos jóvenes, demasiado superior el uno, demasiado vulgar la otra?

Tú has sido siempre para mí madre y amiga á la vez: algunos años mayor que yo, y dotada ade-

más de un talento y de un juicio que no han tenido igual, tú has sido siempre mi hermana, mi consejera y mi apoyo: ¿por qué no lo serás ahora también? Más envejecida que tú por las penas, mi corazón está falto de fuerzas para sufrir de nuevo: la pérdida de mi hijo es la herida que sangra siempre en mi alma, y hubiera pedido á Dios la muerte como un beneficio, á no desear vivir para mis dos pobres huérfanos que tanto me aman, y á los que aun puedo servir de apoyo y de consuelo.

¡Oh funesta riqueza!... ¿Por qué has sido dada á mi nieto por herencia? Si hubiera nacido pobre, el trabajo hubiera llenado su vida, y sus portentosas facultades le hubieran abierto un porvenir de gloria en las ciencias y en las artes; pero la fortuna que se ha encontrado al nacer le ha arrojado en los brazos de la ociosidad y del desorden. La carrera que ha seguido y terminado, ha sido para él un juego y para nada le sirve, porque no tiene necesidad de ejercerla.

Adiós, Gertrudis: en esos extensos jardines de tu vieja Alemania eleva al cielo los ojos y el corazón, y pide al Supremo Consolador algún alivio para tu desgraciada amiga

ANA.